

APÉNDICE AL PROCURADOR GENERAL DEL RETº DE LA NACION.

DEL DIA 19 DE JULIO DE 1814.

Se trata de exáminar el artículo de la Constitucion, que coloca en el pueblo la Soberanía, y hoy se añade, que este artículo está yá sancionado desde el 24 de Septiembre anterior. Yo procuraré hacer ver quan falso es uno y otro, demostrando que el artículo en cuestión es tan injusto como impolitico, y que se opone no menos á la Escritura Santa, que á la sana razon; para lo qual no haré otra cosa que copiar una grande parte de las reflexiones del sábio Autor de la Obra titulada— Cadena de hechos que prepararon la Revolucion de Francia.—

Si queremos hablar como Católicos, dice este Autor, convendrémos en que toda potestad depende de Dios, la espiritual inmediatamente, y la temporal mediatamente en quanto la razon que proviene de él ha dictado á los hombres establecer la autoridad por la que se gobiernen, y siendo esto útil, y bueno respecto de todos, y proviniedo de Dios todo bien, es visto que tendrá el mismo origen todo poder: Asi discurre San Agustin. No demos el poder de dar el Reyno y el Imperio, dice el Santo, sino al Dios verdadero quien dá la felicidad en el Reyno de los Cielos solo á los piadosos, pero el Reyno terreno no solo á los piadosos sino tambien á los impíos, como le agrada á aquel á quien nada le complace injustamente. El que dió el Imperio, concluye, á Augusto, se lo dió á Neron; y para no recorrerlos todos, el que se lo dió á Constantino cristiano, tambien se lo dió al Apóstata Juliano. Que diferencia de esta luminosa doctrina á la favorita de los sábios pretendidos del Siglo pasado. Hablo del sofisma que coloca en la muchedumbre el origen

de toda Soberanía: paradoxa impía que los AA. de la Enciclopedia, en el artículo, Autoridad, anuncian en estos términos decisivos, "El Príncipe recibe de sus mismos súbditos la autoridad que tiene sobre ellos. La Corona, el Gobierno, la Autoridad pública, son bienes que pertenecen en propiedad al cuerpo de la Nación. Solo los esclavos, cuyo espíritu es tan limitado como su corazón, pueden pensar de otro modo." Los refutadores de los sofistas han dexado de oponer los primeros elementos de la Doctrina católica, esta tutora infalible de todas las verdades útiles, á esta asercion dogmática á la que la misma brutalidad del language convierte en argumento invencible para el vulgo de los lectores. Para ilustrar un punto que el Filosofismo ha tomado tanto cuidado de embrollar, me contentaré con recordar al católico su catecismo. Con solo esto, y conduciendo á su principio el único título de todo poder, habriase restablecido el orden por todas partes en donde la impiedad arroja la confusion; demostraré ademas que el título independiente del Poder gobernador es tambien el primer garante de la felicidad y del sosiego de los gobernados. Si soy católico, y escucho la voz de mi fé, vé aquí la leccion que me ministra con un éco imperioso: "Todo poder procede de Dios, y le pertenece con una propiedad innegable." No existiendo en el Universo sino un poder criador, no puede haber tampoco sino un poder gobernador. Ninguna criatura, puede, sin ser rea de impiedad abrogarse la autoridad sobre otras criaturas, sino bájo del orden y subordinacion del Criador. Aun la autoridad del Padre sobre su Hijo reputada la mas sagrada en la naturaleza, perderia toda su sancion, sería nula si pudiese no ser la autoridad del Criador. Todo lo que se llama superioridad, poder, soberania sobre la tierra, no fué nunca, ni podría ser sino la Magistratura encomendada, y la vice gerencia subordinada de la soberanía única del Criador. Al criar al primer hombre, y al criarlo solo el Monarca por esencia, cria sin duda el primer Rey; y el orden de la naturaleza nos indica bastante la forma mas perfecta de gobierno, no mostrandonos sino una sola inteligencia para contener la armonía del Universo, un solo Gefe para regir toda una familia, un solo espíritu para mandar todos los miembros del cuerpo.

Sin embargo todos convienen unánimes, que no hay

forma alguna de gobierno temporal que no pueda ser agradable al supremo poder del qual proceden todos los Imperios del Mundo, con tal que esta forma excluya todo lo que se oponga al órden eterno, y que por otra parte élla pueda proteger de verdad y eficazmente los intereses reales del hombre en sociedad.

En todo Gobierno establecido de esta suerte sobre el respeto debido al Orden eterno, y los medios conservadores del Orden social, el Vicario visible de la Omnipotencia, en el momento mismo en que se apodera de la Magistratura, recibe por el mismo hecho la institucion del Criador. Desde entonces es su Representante y su Organó, substituido á todos sus derechos divinos en el Orden temporal.

Este Ministro temporal de la Soberanía por esencia, no puede ser deudor de sus gestiones, sino al Soberano que representa, ni destituido de derecho sino por solo él.

Aunque la Soberanía no dependa esencialmente y no pueda depender sino de solo Dios, no es menos verdad, que en quanto al modo de exercicio los Lugar-tenientes temporales de la Soberanía divina están obligados con respecto á las sociedades que gobiernan, á ser fieles á las obligaciones que han contraído con éllas, con tal que no repugnen ni al Orden eterno, ni á la dignidad de Ministros inmediatos de la Soberanía por esencia.

En consecuencia natural de estos principios, los Ministros del poder supremo deben investigar y tomar por regla de una administracion á la inmutable justicia del Criador por la qual reynan, y de ninguna manera las pasiones ciegas de la multitud, para cuyas necesidades deben reynar.

De esta fiel exposicion del Dogma católico sobre el origen celestial y el destino comun de los dos poderes que gobiernan el mundo, es facil concluir, que lejos de que el ministerio sublime que coloca á los Príncipes cristianos en la independencia de las voluntades humanas, pueda separarlos tambien de las leyes del cristianismo, por el contrario, este Ministerio tiene anexó el motivo de un respeto mas sagrado á estas leyes, una observancia mas religiosa. El beneficio de su vocacion á la alta dignidad que los distingue, les impone como el primer deber, el hacer concurrir todos los medios de su imperio temporal á la conservacion y adelantamiento del imperio espiritual

del que no en vano se llama, Rey de Reyes, y Señor de los Señores: estos principios pueden llamarse muy bien el Catecismo del Católico; principios, que este no puede contextar sin ultrajar su fé; principios doblemente sagrados para el Pontífice como para el Príncipe católico; principios igualmente tutelares del que tiene por el cielo el deber de la sumision, y del que tiene del mismo principio el derecho de exígerlo.

Al hacer homenaje de este dogma al catolicismo, tenemos por cierto que solo él tiene derecho de reclamarlo, pues solo él lo ha conservado en toda su integridad, solo él ha anatematizado los golpes que contra él se han tirado en diversos tiempos; solo él, por último, no solamente no ha variado, sino que está en la impotencia feliz de variar nunca sobre este punto.

Si soy católico, por solo este hecho, el Gefe que me ha dado el cielo y no la tierra, es una cosa sagrada para mí. Lo es independientemente de la ceremonia religiosa que me lo testifica, y que no es otra cosa que la promulgacion del dogma que yo profeso. Es sagrado por respecto á su poder, porque éste es el mismo poder de Dios, sagrado en su persona, porque es su ministro. En el corazon del católico se obra esencialmente la consagracion de los Reyes; y esta consagracion tan antigua como su fé, debe durar otro tanto que élla, y solo aquí encontrará la garantía mas segura. Esta verdad no la perderá de vista el filosofismo en sus cálculos. Mirabeau, este grande conspirador que dió el impulso decisivo á la revolucion francesa, sabía tambien que en el catolicismo es donde exclusivamente se presenta inatacable el título de los que gobiernan, que se le ha oido decir descaradamente á sus compañeros: "Para revolucionar á la Francia es preciso comenzar por descatolizarla." El no hablará ni de descalvinizar ciertas provincias, ni de desjansenizar ciertos cuerpos, porque su estado de revolucion contra el poder espiritual, le servia de garante de su inclinacion de substraerse del yugo del temporal.

No se imagine aquí que por ser católico soy mas cruel ó mas ciego sobre mis intereses. Quando constituyo al que me gobierna depositario del poder divino, y por este título independiente de los caprichos populares, al profesar un dogma de mi Religión profeso al mismo tiempo el de una razon sana, é ilustrada. Este dogma cató-

lico, es tambien la clave de todo el edificio social de que soy miembro: en separandola, ó tocandola levemente, al instante todo bambolea, y al momento todo se confunde y se trastorna en un estado. Al órden antiguo sucede el caos, y la anarquía: la autoridad gobernadora perdió sus derechos ¿pero yo gobernado he salvado los míos? ¿y qué se han hecho mi felicidad y mi seguridad?



Supongamos por un instante, que no estén tan expresamente marcados como lo están en nuestros archivos sagrados estos principios fundamentales conservadores del órden social; supongamos que el Dios de Israel, al consagrar la inviolabilidad de sus Representantes por la uncion de sus Profetas, no se hubiese reservado á sí solo el derecho de establecerlos y deponerlos, de castigar á un pueblo por el Rey que le dá, y castigar á otro por el que le quita. (1) Olvidemos que está escrito, que el órden divino es el que establece sobre cada nacion el Xefe que la gobierna (2); cerremos los ojos sobre la página sagrada en que leemos que á solo Dios (y no á las naciones) pertenece la alta soberanía, (3) y que es el Altísimo (y no las naciones) el que domina sobre los Reyes, y el que los dá á quien le agrada; (4) no nos acordemos de aquella importante respuesta que el único dispensador de los Imperios hacia por uno de sus organos á los Embaxadores de cinco Reyes ligados para destruir el trono del Rey de Judá cuya humillacion estaba decretada. "Vé aquí lo que dice el Señor de los Exércitos: Yo soy el que doy el dominio á quien me agrada, como soy yo quien (para castigar vuestra resistencia á mis designios) voy á poner vuestros cinco Reynos, y todas sus tierras adyacentes bájo del Rey de Babilonia, instrumento dócil de mi voluntad." (5) Olvidemos tambien si se quiere, que la eterna sabiduria apostrofando á todos los Reyes les inculca en los términos mas formales, que del Señor (y no de las naciones) reciben el poder, que es el Altísimo el que les comunica la fuerza de que tienen necesidad, y que á él solo (y no á las naciones) tendrán que responder de sus acciones como de los motivos porque hayan obrado; (6) separemonos de que la misma sabiduria al califi-

(1) *Osseas*, c. 13. vers. 5. (2) *Eccles.* c. 17. 14. (3) *Ibid.* c. 3. v. 21. (4) *Dan.* c. 4. v. 26. (5) *Jerem.* c. 27. v. 4. 5. et 6. (6) *Sapient.* c. 2. et seq.

car á los Reyes como ministros del imperio de Dios (y no de el de las naciones) les intima por este título la responsabilidad mas espantosa y les señala por único el de la severa é indeclinable justicia del grande Rey que representan; supongamos en fin que esta doctrina coeterna á la sabiduría increada, no haya recibido la sancion mas solemne de Jesucristo, de sus Apóstoles, y de toda la línea ortodoxa de sus sucesores hasta nuestros días; si haciendo abstraccion de todas estas autoridades sagradas, yo pregunto ¿no es preciso conspirar contra el género humano y contra su propia felicidad, no es necesario aun repudiar la razon y abjurar del sentido comun para pretender que en algun caso imaginable pueda deponerse la autoridad por la muchedumbre ciega é ignorante, y ser juzgada por la misma á quien está encargada de gobernar?

Sin embargo el Filosofismo se atrevió á atacar á estas ideas luminosas; estos principios conservadores de la armonía social llegaron á ser problemáticos á fuerza de sofismas. Este fué el lazo que la impía ambicion tendió á la credulidad; lazo que no era una invencion nueva. Habia tiempo que la sediciosa heregía para despojar á la Autoridad soberana del caracter divino que la consagra á los ojos de los hombres, habia imaginado quitar el origen del cielo, para hacerla arrastrar, sobre la tierra, y congratular á las Naciones corrompidas. El sistema de una soberanía radical é imprescriptible en los pueblos, fué como la hacha que Lutero y Calvino hicieron brillar á los ojos de la muchedumbre, siempre niña, para empeñarla en una revolucion, y esta doctrina profesaron siempre sus discípulos mas acreditados. El Poeta Milton, y Durosie armaron á los subditos de un poder regicida, y su sentir no se diferencia de él de los Ministros Langue y Juri. Este último, cuyas blasfemias comenta Ruseau, no solo congratula al pueblo con el derecho de procesar á sus Reyes, y á su administracion, sino que les permite aun, el resistirles por todo camino, y por toda causa, oponiéndoles una autoridad que no tiene necesidad de que haya razon para la validez de sus actos.

Vease la carta nona de Juri. A este sigue Edmond Richer apologista del regicida Santiago Clemente, el primero que en 1591 sostuvo en Francia, que los Estados generales son superiores al Rey, y quiso apoyarlo con este

errado principio, que el poder tanto espiritual como temporal pertenecen radical, y esencialmente al pueblo. Error del que aunque se retractó en 1630 diciendo: *que es contrario al dogma católico,.... falso, herege, impto, y tomado de los escritos emponzoñados de Lutero y de Calvino*, no pudo extinguir las cenizas que despues suscitaron los filósofos hijos de los hereges. Estos modernos Conspiradores apenas reprodujeron la paradoxa calviniana: *todo poder viene de los pueblos*, quando vieron obscurecerse el dogma católico: *todo poder viene de Dios*, y que no aparecia ya sino como un error piadoso no solamente al vulgo ignorante del filosofismo, sino aun á los personajes mas interesados en dexar correr un error tan provechoso al mundo, caso que lo fuese. Este aserto del fanatismo revolucionario fué puesto en el número de los felices descubrimientos por todos los modernos escritores, y la ciega muchedumbre alucinada no observó en el clamor pérfido de la anarquía sino la expresion de la evidencia, el valeroso éco de una filosofía tutelar, que se atrevia á revelar á los pueblos el secreto perdido de sus derechos primitivos.

Los AA. de la Enciclopedia que hacia algun tiempo dirigian el termometro de la opinion estaban tan persuadidos de la disposicion de su siglo para recibir sin exámen la mentirosa genealogía que asignaban al poder, que la prueba que daban para convencer, que toda autoridad no proviene de Dios, se reducía en su mas alto grado de fuerza, á esta pregunta sofística. "Para cerrar la boca á la imbecilidad ¿el poder del Antecristo será legítimo?" Vé aquí la impertinencia ocupando el lugar de la Lógica; porque este tono decisivo y despótico es el que agrada á la turba de los lectores. Para no confundir el modo de ilustrar la cosa que se cuestiona de la cosa misma, debían preguntar los Apologistas del poder popular, no, si el poder del Antecristo será *legítimo*, sino, ¿si vendrá *de Dios*? Sobre este punto, que es el único en cuestion, todo filósofo verdadero, todo publicista que debe ser organo de la razon, como de la Religion, habria respondido, sin duda, vanos sofistas, si nos hablais del poder del Antecristo, (al que creéis lo mismo que al de Jesucristo) él provendrá de Dios, aunque resida en un culpable Ministro; porque de qualquiera naturaleza que sean los instrumentos del poder divino sobre sus criaturas, que sean Angeles en el cielo, fieles ó indignos agentes sobre la tier-

ra, los mismos Demonios en el Infierno, ellos son de hecho los Ministros del poder único del Criador. También fué Ante-Cristo, y sin embargo por la confesion del mismo Cristo, tenia del Cielo su poder el Gobernador único de la Judea que aprobó el deicidio de la Sinagoga."

Nadie dudará que el abuso del poder, lo mismo que su usurpacion, no pueden provenir de Dios; pero la autoridad de que se abusa contra el instituto de Dios, igualmente que el poder usurpado contra su orden son siempre su propiedad innegable, y á él dará cuenta de un poder que siempre le pertenece, el mortal que lo haya exercido con qualquiera titulo.

Subamos, si se quiere al origen de los tiempos, porque la Religion todos los abraza; se verá por todas partes á esta columna de verdad, Doctor incorruptible del orden honrar en los Gefes establecidos por la sociedad los Subtenientes inviolables de la autoridad del mismo Dios. Que ellos sean idolatras, y perseguidores de la justicia, su caracter no se borra, aunque se profane ó manche con los defectos personales. Asi, vemos, que un Ciro infiel, era mirado por Isaias, (1) como el Ungido del Señor; un Nabucodonosor tendrá del cielo, por confesion de Daniel, (2) el reyno y el poder y aun la gloria con que se embriagará su loco orgullo: tambien Acab, y Manasés aunque eran los mas crueles é impíos Reyes de Judá, no fixaban menos la religiosa sumision de los verdaderos fieles y profetas que perseguian. (3) Y si los Judios tributarios y no subditos de los Reyes de Siria, negaron la obediencia á Antioco, no fué sino quando este Príncipe sacrilego les mandó que idolatrasen, y quando bafiado en la sangre de los particulares se avanzó á exterminar toda la Nacion, y aun entonces no será sino el mismo Dios quien despertará y autorizará por sí propio el zelo de los Macabeos consagrando los rasgos de esos Héroes con sucesos milagrosos. (4)

El Legislador divino de los cristianos léjos de invertir el orden de sumision á las autoridades que abusan del poder, lo sanciona formalmente con su doctrina y su exemplo; y quando estando para ser preso por los satelites de

(1) *Cap. 45. v. 1.* (2) *Cap. 2. v. 37.* (3) *Reg. c. 19. 20. 4. Reg. c. 25.* (4) *Machab. c. 1. v. 21. 54. et sequent. c. 5. v. 11. 12. et sequent.*

la Sinagoga pregunta á sus discípulos si tienen espadas, es con el designio de dar al Gefe de la Iglesia una lección memorable del respeto debido á la Autoridad, haciéndolo testigo de un milagro hecho para reprobár su zelo impetuoso contra el mas sacrílego abuso del poder que se vió sobre la tierra. (1) Los Apóstoles á exemplo de su Maestro ordenaban obedecer y pagar tributo á Tiberio y á Neron, y enseñaban que no se podia resistir á la Autoridad, de que abusaban estos Príncipes monstruosos sin resistir al mismo orden de Dios, y exponerse á sus mas terribles castigos. (2)

La Iglesia católica ha mirado siempre como crimen tan grande á la rebeldía contra las Autoridades legítimas, que no admite á las órdenes á los sediciosos; así está prevenido en el IV.^o Concilio de Cartago, y un Concilio de París del Siglo IX.^o anatematiza á los obstinados contra la Autoridad reynante. Asi vemos que este axioma Apostólico: es mejor obedecer á Dios que á los hombres, que produjo millones de mártires, no hizo algun rebelde, ningún conspirador, y que quando los Sacerdotes del Panteon con aquella malicia heredada por Condorcet, se esforzaban en hacer sospechosos para con los emperadores á los cristianos sus mas obedientes súbditos, Tertuliano no tubo necesidad para rebatir la calumnia, que exponer sencillamente la doctrina católica sobre este punto. *Como reconocemos en los Emperadores, decia este Padre, la elección y juicio de Dios que les ha dado el mando sobre los pueblos, reverenciamos en ellos lo que Dios ha hecho en ellos.*

No se alegue en contra alguna opinion ó hecho aconsejado por la política y absueltos por solo lo crítico de las circunstancias. Estos no prescriben contra el Dogma, como las vanas sutilezas de los Anarquistas no prevalecerán jamás, ni sobre la fuerza de nuestras autoridades, ni sobre la evidencia de los principios que rechazan la quimera de la Soberanía permanente de los pueblos, y sirven de garantía á la inviolabilidad de las autoridades establecidas; principios que consagraria aun la razon del interés social, quando no lo fuesen por la doctrina del Catolicismo.

Sin embargo, los prudentes Enciclopedistas contentos con haber proclamado su sedicioso Sofisma á la presencia

(1) *Luc. c. 22. v. 50 et 51.* (2) *Rom. c. 13. v. 2.*

de los gobiernos comprometidos, y sin sacar por sí mismos las consecuencias inmediatas dexaron al tiempo y al filosofismo el cuidado de sembrar y propagar esta simiente fecunda de la Anarquía. Todo el aparato sofístico de estos charlantes se reduce en analisis á este silogismo maliciosamente torcido. La autoridad, que el Príncipe ó el Magistrado exerce, la ha recibido de la Nación soberana, y siempre propietaria; luego élla debe quedar fielmente sometida al Mandatario aun quando él abuse contra élla de la autoridad que ha recibido de la misma. Al momento, y en los mismos términos previstos y preparados por los hipócritas Autores de este aserto, muchos comentadores se hicieron cargo de este principio, y sacaron consecuencias en el sentido de Juri y Ruseau con el autor del sistema de la naturaleza: *“Puesto que el Gobierno no recibe la autoridad sino de la sociedad, decian ellos, y no es establecido sino por su bien, es evidente que élla puede revocar este poder quando lo exige su interés, mudar la forma de su Gobierno, extender ó limitar el poder que confía á sus Gefe, sobre los que conserva siempre una autoridad suprema.”*

Apoyados en este mismo principio erroneo de los autores de la Enciclopedia, Helvecio, Diderot y Reynal como sus muchos cómplices, congratularon al Pueblo con el derecho de intimar su voluntad á las autoridades gobernantes. ¡Que consecuencias tan perjudiciales para el mismo pueblo no resultan de este Sofisma, sino se le deshace con el Dogma católico! De hecho, si no es en solo Dios sino en la misma sociedad donde reside el origen de la autoridad que la gobierna, los Ministros de la soberanía popular pretendida, estarán obligados á saber y seguir en el gobierno de los Imperios, no la voluntad, y el orden eterno de Dios, sino la voluntad suprema, es decir los prejuicios, los caprichos y las pasiones fogosas de la muchedumbre. Y en este caso, tanto en la monarquía como en la republica ¿faltarán ambiciosos Anarquistas hábiles para sugerir á esta ciega é inconstante muchedumbre el que examinen su contrato, que siendo condicional, segun ellos, no puede privarla del derecho de celar y aun quitar al Ministro de su soberanía reputado inepto ó infiel?

Sin duda alguna, podemos decir, que la exposicion sencilla de un sistema que coloca la voluntad gobernante en una situacion dependiente de la voluntad de los gobernados, es y será siempre la refutacion bastante á los ojos

de los buenos espíritus. Pero habiendo pocos de esta clase, y siendo muchos los delitos patrocinados por este sistema insensato, hagamos justicia demostrando palpablemente su absurdidad. Compareced aquí écos ruidosos de la Enciclopedia, del Calvinismo, y de la Fracmasonería filosófica; entrad en consejo, predicadores satisfechos, patrones acalorados de la soberanía popular, y mostradnosla fuera de vuestra imaginacion delirante esa quimera con que lastimais la imbecilidad de los pueblos, y la imbecilidad todavía mas miserable de las gentes, que no se creen en la linea de pueblo: ponednos á la vista aunque sea por un momento ese curioso mecanismo de vuestro Gobierno en que todo es pasivo, aunque por otra parte todo sea activo, en que todos son súbditos para obedecer aunque al mismo tiempo todos sean Soberano para mandar.

La Soberanía no es un título fantástico, sino un título real que supone relacion de inferioridad. Qualquiera por tanto podria dirigirse á un Rey cuya Soberanía fuese incontestable, y decirle: Vos teneis, Señor, la Soberanía sobre Vos mismo. ¿Quién no vé que este language absurdo es el que corresponde tener respeto un pueblo quimericamente soberano, por ser al mismo tiempo Súbdito y Soberano?

Nadie puede negar que el derecho de vida y muerte es una prerrogativa inherente á toda Soberanía; con que por consiguiente el pueblo soberano de si mismo tendrá la estaña prerrogativa del suicidio; y será su derecho, el mas atroz de todos los delitos. No se diga que de hecho el Pueblo francés estando mucho tiempo en posesion de hacer por si mismo justicia, de si mismo ha hecho correr en torrentes la sangre del pueblo vasallo á nombre del pueblo Soberano. Este es un hecho que no podremos negar, y si se le quiere erigir en derecho, convendremos voluntariamente que haber constituido á un pueblo soberano de si propio, es congratularlo con el derecho de matarse asi mismo.

Que no se hable despues de esto de las Sociedades que están en posesion de nombrar Magistrados que los gobiernan, lisonjeandose por esto de un título de soberanía sobre ellos mismos: ¿qué inferirémos de aquí? que hay sofismas de hecho como los de la palabra, sin que unos ni otros puedan mudar la esencia de las cosas. El canal no es la fuente, ni el modo de comunicacion es la cosa comunicada.

Hermosa Soberanía la que se termina á la urgente necesidad de darse un Soberano! Esta es comparable á la libertad de un individuo que no se estendería respecto á él, sino al derecho de elegir su prision. Si, la facultad de elegir un Magistrado supremo tan lejos está de ser la Soberana Magistratura, que es la exclusion positiva de ella. Esta facultad si se le puede lisonjear con este nombre, prueba mas necesidad y flaqueza, que derecho y poder; y pretender erigir en Soberanía radical la humillante necesidad que obliga á qualquiera reunion de hombres á refugiarse debajo de una fuerza tutelar, es equivalentemente crear un título de superioridad sobre un Rico y un Medico, en el pobre ó enfermo reducidos á implorar su socorro por la imperiosa necesidad.

Supongamos que un Pueblo devorado por el azote exterminador de la anarquía llamase á su socorro un genio protector, y le dixese: "Espada de Dios nosotros os suplicamos que seais nuestra Espada; defiendenos, libranos de nuestros tiranos, libranos de nuestros furoros." Al oír á este pueblo postrado á los pies de este Héroe ¿me figuraria ver en él un Mandatario subordinado de una sociedad de Soberanos? ¿Un tropel de infelices esclavos cubiertos aun con las señales de sus azotes podría pintarse á los ojos con los rasgos magestuosos de la soberanía? No por cierto; la ilusion seria muy grosera.

Los patronos obstinados del peligroso error que combató nos alegarán que no hemos comprendido el espíritu del sistema propuesto al orgullo del Pueblo; pero para comprenderlo es necesario ser mas entendidos que la suprema inteligencia. En efecto, si su sistema sobre el principio de la soberanía fuera verdadero, lo hubiera conocido mejor que nosotros el Dios de Israel. Este Pueblo inconstante enfadado con la dulce teocracia que ejercian sobre él los profetas, quiso tener su Rey como los otros pueblos. Dios accede á ello y manda á su profeta anunciar á Israel el derecho del Rey sin ocultarle hasta el abuso que podría hacer de su autoridad; (1) pero el Pueblo creído de que las ventajas compensarian los inconvenientes del trono, insiste en su demanda sometiendo al derecho del Rey. Si los Doctores de Israel hubiesen sido tan sutiles como los Enciclopedistas y sus comentadores, ha-

(1) Reg. c. 8. v. 9.

brian respondido á Dios: "Permitidnos, Señor, el haceros observar, que no entendeis la materia: este derecho del Rey, de que nos hablais, como el provendrá *de nosotros, y no de Vos*, es claro, que podrémos siempre *revocarlo, estenderlo ó limitarlo con una autoridad suprema*; y solo los esclavos, cuyo espíritu es tan limitado como el corazon, pueden pensar de otra manera.

Sin embargo la secta de sofistas, legando á los ignorantes el error del principio se reservaba para sí el beneficio de las conseqüencias. Así se vieron muchos Comentaradores de la Enciclopedia hablar en el tono de esta, y al delirante Raynal, decir, apostrofando á su Rey: Son blasfemos y sacrílegos esos Sacerdotes que han asegurado que los Reyes no deben dar cuenta de su conducta sino á solo Dios. Ellos atacan las divinas perfecciones del Criador á quien solamente pertenece reynar sin dar cuenta. ¿Y no es de admirar que estas ineptias sediciosas otro tanto que implas, se repitiesen como rasgos luminosos de una eloqüencia irresistible en los concursos llamados brillantes de un Pueblo desmoralizado como París? No se estaba en disposicion de escandalizarse de la Lógica del ateismo, que concluía, que es no dar cuenta el darla solo á Dios. Se le debiera haber dicho á este insolente engañador: Si los Reyes como ministros del poder popular y no del de Dios deben cuenta de sus acciones y administracion al Pueblo soberano, ¿á quien dará cuenta éste de las injusticias que habrá cometido? Porque si se guarda conseqüencia alguna vez, es preciso convenir en que sean tambien *sacrílegos y blasfemos* los que se atrevan á congratular á este Soberano con un brevete de impunidades, y decirle, como dicen á los Reyes los Sacerdotes, que á nadie tienen que dar cuenta sino á Dios.

Un grande Príncipe previó, y aun anunció las contiendas y tempestades que debia producir al desenvolverse esta simiente pérvida de sedicion, que dexaban fermentar en el seno del estado la complicidad y la inercia de los ministerios. ¿Qué hacen nuestros pretendidos, filosofos, escribia el Delfin de Francia, quando enseñan que el poder que exercen los Reyes no es poder de Dios, sino del Pueblo, siempre libre para apoderarse de él, siempre que su interés, es decir que el capricho de sus pasiones se lo aconseje? Ellos colocan al Pueblo entre dos calamidades extremadas, la opresion y la revolucion. Reflexion profunda

y sublime en su sencillez que haciendo resaltar todo el veneno oculto debajo de el sofisma de la soberanía popular, lo refutaba con una sola palabra, y enseñaba aun á los Pueblos, que su verdadera libertad consiste en que la autoridad que los gobierna como emanacion directa de la Autoridad divina, sea en la cabeza de los gobernadores un título inviolable

Pero como las idéas del Sansculotismo desorganizador esparcidas en todos los libros nuevos, y convertidas en alimento de todas las conservaciones extraviaban la frivolidad francesa hasta el punto de exáltarla, se despreciaban las lecciones de la historia como los consejos de la experiencia, y la sabiduría consumada de los mas profundos publicistas se sacrificaba á las especulaciones de los entusiastas conspiradores del estado. No se queria atender á que el poder de los Reyes es patrimonio de los Pueblos, y su independencia su broquel contra la Anarquía. Se ponía en duda lo que estaba demostrado por genios meditadores y reflexivos, á saber, que entre todas las formas de Gobierno la mas interesada en proteger y la mas flaca para dañar es la Monarquía hereditaria templada, como lo era la francesa, y lo es la nuestra, por la sabiduría y dulzura de sus leyes fundamentales. Que todas las formas de Gobierno rindan homenaje al monárquico, y que todos ellos despues de haber recorrido un circulo mas ó menos resgo-so, caen necesariamente por la accion misma de sus resortes en la unidad monárquica, y no tienen fuerza y energía para el bien sino en esta unidad. No se acordaban en esta época delirante, que todas las grandes Naciones que se hicieron felices lo fueron exclusivamente por la sabiduría de los Reyes: no se queria oír lo que dicta la misma naturaleza de las cosas, que estando el Monarca seguro de un poder con que cuenta como con un patrimonio, está menos tentado á degradarlo, que los Magistrados efimeros tan interesados en no dexar escapar el momento fugitivo de la fortuna, como á aprovechar el de la venganza. Que mucho si en el ministerio mismo habia un Choiseul que se complacia en propagar este delirio epidémico hasta el extremo de obligar en Agosto de 1776 á un célebre Magistrado explicarse en pleno parlamento de esta suerte: "El Gobierno debe temblar porque tolerar en su seno una secta intrépida de incrédulos, que parece no buscan sino levantar los Pueblos bajo el pretexto de

ilustrarlos: pronóstico cuya verificación nos ha sido tan funesta.

Hemos visto ya qual ha sido el origen del principio quimerico de la soberanía popular. Veamos ahora como las Cortes generales y extraordinarias en sus decretos de 24 de Septiembre de 1810 no se han declarado soberanas en este sentido filosófico revolucionario, sino en el sentido que no se opone á la doctrina católica. Sabemos que Felipe V. Revisabuelo de nuestro actual Rey, dixo en 22 de Febrero de 1713 en contestacion á una consulta del Reyno (1) lo que es un axioma de nuestra legislacion, á saber: "El Reyno junto en Cortes hace un cuerpo conmigo, y con mi consentimiento, tacito ó expreso, puede hacer, mudar, ó quitar no solo á lo tocante á sus oficios y oficiales, sino tambien en otras cosas de mayor entidad y consecuencia aun las establecidas en Cortes antecedentes, sin que pueda disputarse á mi y al Reyno junto en Cortes las regalías del poder, por ser la mas suprema autoridad y potestad la que reside en aquel cuerpo mistico." Por este dato se infiere que las Cortes generales y extraordinarias consequentes á sus principios en la sancion del decreto del 24 de Septiembre no se han declarado soberanas con exclusion de su cabeza nuestro legitimo Monarca, y antes bien han declarado sus derechos proclamandolo de nuevo por su único Rey, exigiendo de todos el juramento de fidelidad al Monarca, y sus legitimos sucesores, y de poner en práctica todos los medios para restablecerlo sobre su trono, jurando su soberanía y la conservacion de sus dominios. Penetradas de otros sentimientos que los que fomentaron la revolucion de Francia y teniendo por su única regla los códigos divinos dictados por la eterna sabiduría, han reconocido en el titular investido de la autoridad de Monarca, no á un Agente comisionado y revocable de la criatura soberana de si misma, sino el substituto inmediato del Criador, su Lugarteniente, y el Ministro inviolable de su poder en la porcion que le confia de su dominio universal. Si, en esta fuente divina, han aprendido las Cortes, que lo que se llama Soberanía, no es como dicen los sofistas revolucionarios un ser fantastico, y un verdadero prestigio, sino una cosa la mas real y augusta, que el que no pronunció sino dos palabras para poblar el Universo: *creasce et multipli-*

(1) *Semanario erudito* t. 3. p. 2. v. 6.

cámini, tuvo bastante con dos palabras: *subjicite, domina-
mini*, para establecer y perpetuar en él la dominacion; y
que todos los ramos de que se compone la Gerarquía de
los poderes humanos no es sino una emanacion directa y
sagrada de la suprema dominacion del Criador; domina-
cion á la que asocia los Reyes que no mandan sino por
él; los Magistrados de las sociedades que no las contie-
nen sino por él; los Gefes de exércitos, de los cuerpos di-
versos, y de las familias, que no los disciplinan y los go-
biernan sino por él; todos los seres cuya fuerza no se-
ría sino flaqueza sin él, y si la autoridad que toman de la
suya no estubiese vivificada y protegida por la virtud con-
stante de aquel poder primitivo, que planta en el corazon
de los Pueblos el sentimiento de la obediencia, mientras
que les inspira á ellos mismos la confianza del Gobierno.

Así, solo un espíritu sedicioso ha podido atribuir á
las Córtes una tendencia democrática despues de haberlas
visto tan generosas para con su Rey, y decididas por el
género Monárquico que han jurado guardar. Si ellas exer-
cen la soberanía y alto poder que compete al Rey, y á
los Reynos juntos en Córtes segun la declaracion dicha de
Felipe V. pueden tambien declararse soberanos en este sen-
tido, y exercer en ausencia de el Monarca todo su poder,
sin perjuicio de sus legítimos derechos, á los que no han
tocado, persuadidas de que éstos son sus límites los que
no pueden traspasar sin oponerse á las leyes fundamen-
tales de la Monarquía.

Se sabe que por éstas, las Córtes tienen derechos que
el Rey no puede quitarles, así como este tiene los suyos,
que aquellos no pueden usurparle. Ya se entiende por es-
to que hablo de la prerrogativa de las Córtes sobre que
las leyes dictadas por el Rey no tengan fuerza de tales
sino es despues de publicadas en las Córtes, lo que es
indubitable atendidas las leyes fundamentales del Reyno,
y en cuya vista los extrangeros mismos nos han tenido
por un pueblo libre que vive debajo de la garantía de una
Monarquía moderada como es la nuestra, y que reúne la
franquicia de la Democrácia con la autoridad de la Mo-
narquía. Yo prescindo de examinar ahora la cuestión agi-
tada por algunos políticos sobre si las Córtes tienen
solo voto consultivo, que podrá el Monarca seguir ó
rechazar. Esto nada influye para el conocimiento de lo que
queda probado sobre la facultad de las Córtes á cerca del

exercicio del alto poder que administra en consorcio del Rey, y sobre que las leyes no tengan fuerza de tales hasta la publicacion dicha.

Si estas tienen sus fueros que el Monarca no puede despreciar, tambien el segundo tiene los suyos que las primeras no pueden derogar. Entre estos está el de supremo legislador en cuyo nombre se expiden las leyes, aunque sean hechas en Cortes.

Veanse entre otras las hechas en las Cortes de Leon año de 1208, y se vendrá en conocimiento de lo dicho, y de que las Cortes hacen las leyes por mandamiento del Rey, como consta por las Cortes de Madrid de 1329, y las de Leon de 1020 en que se leen estas palabras: *et jussu ipsius Regis talia decreta decrevimus quæ, firmiter teneantur futuris temporibus*. Verdad es que no pueden los Reyes hacer alguna ley sin la aprobacion de las Cortes, pero lo es tambien que el sancionar aun las hechas en Cortes es un privilegio real que indican muchos lugares del Código de las leyes Viso-godas, y que no lo han negado aun los mas enemigos del Trono.

Por lo dicho, y por la conducta de las presentes Cortes se viene en conocimiento que su decreto del 24 de Septiembre nada tiene de tendencia democrática, y que conserva entre ellas y su Cabeza todas las relaciones que tiene la Nacion con su Rey tan deseado, como perseguido; relaciones de las que depende la seguridad y felicidad de ambos, y sin las que sería imposible augurar alegremente sobre nuestra libertad.

Resta exáminar como las Cortes si aprobasen el presente artículo, y declarasen que esencialmente reside en la Nacion la Soberanía, y el derecho exclusivo de formarse sus leyes fundamentales, vendria indirectamente á destruir los derechos que ha declarado al Rey, y á coincidir en las consecuencias del error de los Monarcómacos condenados por la Iglesia. Porque ¿qué decian estos en contraposicion del sistema Machiavelico? Lo mismo que los Enciclopedistas, que he refutado con argumentos de Escritura santa, y de una sana Filosofia, á saber que siendo soberana la Nacion no solo puede separar á su Rey legitimamente reconocido, sino tambien castigarlo, y deponerlo aun sin delito; error que aun los Jurisconsultos protestantes, como Einacio, rebaten con razones solidisimas á que no pueden contextar los protectores del Monarquismo. Si fuese bastante, dice este autor, para quitarle al Monarca la autoridad que tiene, el que el pueblo se la dió, podría tambien el hombre libre que se hizo esclavo voluntariamente y conforme á la ley que lo permite con algunas condiciones, substraerse de esta esclavitud quando y como le pa-

reciese, puesto que hay la misma razon en éste que en el pueblo, como que uno y otro se entregaron sacrificando su voluntad, el primero á su amo, y el segundo al Monarca. Mas es inconcuso que este esclavo aunque tendrá derecho á que su Señor cumpla con las leyes de la sociedad heril, pero no podrá quitarle nunca los derechos que adquirió sobre él. ¿No se vé pues que lo mismo á proporcion deberá decirse del Pueblo respecto del Monarca legítimo?

Demostrada la injusticia de este artículo, y su oposicion á los principios católicos, paso á hacer ver lo impolítico de su contexto, y las impugnaciones que sufre aun hablando filosóficamente. Yo observo en el la sancion de las providencias del Reyno de Santa Fé sobre su soberanía é independendencia; providencias que V. M. ha reprobado de hecho aunque por otra parte las ha roborizado con las suyas. Si Señor: en la suposicion de la soberanía nacional se incluye la de la soberanía de cada Provincia, pues la Nacion no puede ser soberana, sin que cada provincia que la compone lo sea radical y esencialmente pues la Nacion por sí no tiene esta soberanía, si no es con relacion á las partes que la integran. Será pues declarar la soberanía de Caracas, y de Santa Fé la declaracion de la soberanía en el sentido enciclopedico, que es el mismo que el del artículo que se discute. ¿Y esto será político? ¿No es declarar indirectamente el derecho de aquellas provincias á su independendencia? Yo avanzo mas. Si cada Provincia es radical ó esencialmente soberana, lo será tambien cada pueblo que componga esta Provincia, y por consiguiente cada familia ó sociedad ya conyugal, ya heril, lo será igualmente; pues los mismos principios del *pacto social* (que es el *paladium* para probar la soberanía popular) se deben aplicar á las grandes sociedades de Reynos, Provincias, y Pueblos, que á las pequeñas sociedades ya dichas, y tanto mas, quanto es cierto, que estas fueron las mas antiguas sociedades, y las que dieron ocasion á la formacion de aquellas. ¿Qué se sigue de aquí? La consecuencia mas anárquica que sola ella produciria la absoluta inmoralidad que queria establecer Volter, á fuerza de buen filósofo. Esta es que á cada familia le pertenecen estos derechos de soberanía, y por consiguiente los hijos serán los soberanos, y los superiores del Padre, y los Esclavos lo serán igualmente de sus amos, y tanto el padre como el amo no tendrá algun derecho que no sea precario, y revocable por la misma Sociedad de quien lo ha recibido. ¿Puede darse cosa mas absurda? Siguiendo estos principios puramente filosóficos, se si-

que que cada individuo de las Sociedades primitivas reunidas en una mayor, será radical ó esencialmente soberano, y por consiguiente siendo este número de individuos divisible *usque in infinitum*, resultará un número infinito de soberanos, de que resultaría una soberanía ridícula, y tanto como el pretendido pensamiento de la materia, solo por el hecho de su infinita divisibilidad.

Concluiré, diciendo, que si según los principios sentados, todo español es soberano, lo serán tambien todos los negros de América, y por consiguiente ya no se pueden considerar como Esclavos, y esta declaración del artículo en cuestión será la escritura de su libertad. ¿Es esto político? Juzguenlo las Cortes teniendo á la vista los sucesos de Santo Domingo.

En resolucion. Si la soberanía que se quiere establecer en el presente artículo se entiende de una soberanía que no excluya la del Monarca que hemos jurado y reconocido por Soberano, y que sea lo mismo que el poder y autoridad que tiene la Nacion reunida en Cortes y que el Señor Don Felipe V reconoció en los términos arriba dichos, convengo en aprobar el artículo. Si la soberanía nacional se entiende por el derecho que tiene una Nacion á no recibir leyes de otra, y á gobernarse en circunstancias iguales á las en que nos encontramos por las que antes tenia ó las que se forme en el conflicto para rechazar la invasion extranjera, así la he reconocido antes de ahora. Si se entiende por Soberanía Nacional, el ejercicio de ella que recae en las Cortes durante la cautividad de nuestro Soberano, así la juré en 11 de de Noviembre de 1810 en que tomé asiento en el Congreso. Pero si por Soberanía Nacional se entiende la soberanía de los Enciclopedistas y Jacobinos de París, en virtud de la qual, el Monarca no es sino un ministro de la Nacion, cuyo poder sea precario, *ad nutum* revocable por la multitud que se llame soberana, y cuya persona pueda ser juzgada y sentenciada por ella misma, como se verificó en Francia, en este sentido la detexto, como que élla envuelve el error de los Monarcómacos condenado por la Iglesia, y no ha sido en todos tiempos sino la campana de la anarquía, y nunca los Católicos admitieron otra doctrina que la que confiesa como dimanada de Dios y no de los hombres á la autoridad real. Y aqui, no puedo menos que hacerme cargo de lo que ha dicho el Señor Torrero, queriendo sostener con la autoridad de San Juan Crisóstomo que no viene de Dios la autoridad de los Reyes, lo qual es tan contrario á lo que dice el mismo Santo, que basta leer su Sermon XXIII

sobre el Capítulo XIII de San Pablo, para convencernos de esta verdad. Siendo de notar las palabras con que el Santo nos estimula á la obediencia diciendo, que el Apóstol nos quiere tan súbditos á la autoridad, como los criados á sus amos. Dice mas, que por quanto la igualdad de honores y condiciones produce las mas veces contiendas y riñas, estableció Dios muchos Principados, muchas clases de sugciones, como la del marido y la muger, la del padre y los hijos, la del amo y el criado, la del principe y el súbdito.... y que al mandar esto, no sujeta los Fieles á los Príncipes, sino á Dios. El Rey, sigue el mismo Santo, debe mirarse bajo de dos aspectos, de enviado de Dios y de destinado para tal ministerio. ¿Por qué le pagamos el tributo sino bajo de este respecto, y por el convencimiento en que estamos de lo útil de su prefectura? Ni me objetes, concluye este Santo, que alguno abusa de esta potestad, porque no debemos atender sino á la institucion y la grande sabiduría del que la formó desde el principio. Hasta aqui San Juan Crisóstomo; de cuyas palabras se infiere la equivocacion con que el Señor Torrero dixo, que este Padre se oponia á los que el Señor Obispo de Calahorra citó para probar que la autoridad de los Reyes proviene de Dios: Tesis que creo haber probado quando he demostrado que el Artículo en cuestión es tan injusto como impolitico, y al qual repruebo, por tanto, en todas sus partes. = Cádiz y Agosto 28 de 1811. = Blas Ostolaza.

NOTA.

Este discurso no pude leerlo quando me llegó el turno de hablar, porque se declaró suficientemente discutido el punto, á pesar de que solo hablaron en contra quatro dignos Diputados, de los veinte y quatro que negamos la Soberania popular en la Sesión del 29 de Agosto de 1811.

POR DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Con licencia del Excmo. Sr. Capitan General.